

Esta es una pequeña muestra
del libro *No me hagas contar hasta tres*.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2018 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!

¡NO ME HAGAS CONTAR HASTA TRES!

Disciplina enfocada
en el **corazón** de tu hijo

**GINGER
HUBBARD**

Mientras lees, comparte con otros en redes usando

#NoMeHagasContarHastaTres

No me hagas contar hasta tres

Ginger Hubbard

© 2018 por Poiema Publicaciones

Traducido del libro *Don't Make Me Count to Three!* por © Ginger Hubbard en 2011 y publicado por Shepherd Press. Traducido por Jairo Namnún.

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas han sido tomadas de *La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional*® © 1986, 1999, 2015 por Biblica, Inc. Las citas marcadas con la sigla RVC pertenecen a *La Santa Biblia, versión Reina Valera Contemporánea*® © 2009, 2011, por Sociedades Bíblicas Unidas; las marcadas con la sigla NBHL, a *La Nueva Biblia Latinoamericana de Hoy*® © 2005 por The Lockman Foundation.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, u otros, sin el previo permiso por escrito de la casa editorial.

Poiema Publicaciones

info@poiema.co

www.poiema.co

Categoría: Crianza de los hijos, Educación cristiana, Consejería

Impreso en Colombia

ISBN: 978-1-944586-71-3

SDG

Para mis padres, Chuck y Bonnie Ferrell.

Él nos ha devuelto los años que se comió la langosta.
Me levanto y les llamo bienaventurados.

— SALMO 37:4

CONTENIDO



Prefacio	9
Unas palabras de la autora	11
UNO: LLEGANDO AL CORAZÓN DE TU HIJO	
1. El alto llamado de la maternidad	15
2. Defendiendo la disciplina	21
3. Sacando a la luz los problemas del corazón	31
4. Instruyendo a tus hijos en rectitud	41
DOS: CÓMO CORREGIR BÍBLICAMENTE	
5. Domando la lengua	51
6. El poder de la palabra de Dios	61
7. Manejando al manipulador	75
8. Directrices para la corrección verbal	81
TRES: EL USO BÍBLICO DE LA VARA	
9. El trasero y su conexión... ¿con el corazón?	97
10. El modelo bíblico funciona	105
11. Estableciendo el estándar de obediencia	115
12. Directrices para la disciplina física	123
Conclusión	131
Apéndices	133
Reconocimientos	149
Notas de texto	153

PREFACIO



“¡No me hagas contar hasta tres!”. “¡Solo deja que llegue tu papá!”. “¡No te conviene que vaya a buscarte!”. “¿Quieres una nalgada?”. “Si no haces caso, ya verás lo que te va a tocar”.

¿Te suena familiar? No importa las palabras exactas, estas frases tienen algo en común: ayudan a los padres a evitar la indisciplina.

Todos los padres quieren que sus hijos obedezcan, pero muchos no lo consiguen. Algunos amenazan. Algunos sobornan. Algunos usan el “tiempo fuera”. Otros simplemente ignoran los actos de desobediencia, tal vez porque no se les ocurre cómo manejarlos.

Las madres tendemos a pensar que la parte difícil termina una vez nace el bebé. Hemos soportado meses de nauseas, cambios inesperados en nuestros cuerpos y hasta el peligro del parto. ¡Qué sorpresa cuando nos dimos cuenta de que la parte difícil apenas estaba comenzando!

Siempre trataba de adelantarme al desarrollo de mi hijo, tanto durante el embarazo como después de que nació. En la medida en que estudiaba las Escrituras y leía libros llenos de sabiduría bíblica, era evidente que debía unir la disciplina con la instrucción. Tenía que aprender a ver más allá de la conducta externa y tratar de sacar a la luz lo que estuviera en el corazón

de mis hijos. Mi esposo y yo teníamos que tomar la decisión de si íbamos a disciplinar físicamente o no. Y teníamos que aceptar el desafío de entender realmente de qué trata la instrucción bíblica, así como decidir las formas y los tiempos en que la impartiríamos. Este libro es el resultado de lo que he aprendido.

Hay muchísimos libros sobre la disciplina de los hijos. Algunos son profundamente bíblicos. Pero son pocos los que enseñan al lector a *aplicar* las Escrituras a la hora de instruir a sus hijos. Eso es lo que trato de hacer aquí.

— GINGER HUBBARD

UNAS PALABRAS DE LA AUTORA



¡Vaya! Nadie me había dicho lo demandante que es escribir un libro. Tampoco me habían dicho cómo te afecta el cerebro, de modo que no puedes enfocarte en otra cosa que no sea escribir. Creo que el término coloquial para esta condición es decir que uno tiene el cerebro “frito”. Hace poco estuve en la fila del autoservicio de un banco, y cuando llegué a la ventanilla me quedé mirando a la cajera mientras le decía: “Honestamente, no tengo la menor idea de por qué estoy aquí. Creo que debería estar de camino a la oficina del correo”. Ella se me quedó mirando muy preocupada.

Mis hijos me dicen que ahora vivo en el espacio, y mi esposo se pregunta por qué una familia de cuatro necesita tres galones y medio de leche. Sí, escribir un libro es *así* de demandante. Pero al fin terminé. Ahora todo lo que queda es orar que este libro sea usado para glorificar a Dios, animar a los padres y beneficiar a los hijos.

No soy una experta en crianza, y no escribí este libro basándome en mi propia autoridad. Este libro fue escrito bajo la autoridad de la Palabra de Dios y la sabiduría de Su consejo. He escuchado a muchos “expertos” proclamar que la Biblia no tiene mucho que decir sobre la crianza. Tal vez han invertido

No me hagas contar hasta tres

demasiado tiempo sacando sus títulos, y no estudiando la Biblia. La Palabra de Dios tiene bastante que decir a los padres, pero debemos ser diligentes en leerla y aplicarla para poder cosechar sus frutos. Ciertamente, Dios nos ha dado todas las cosas que necesitamos para la vida y la piedad (2P 1:3).

“Esto es lo que pido en oración: que el amor de ustedes abunde cada vez más en conocimiento y en buen juicio, para que discernan lo que es mejor, y sean puros e irreprochables para el día de Cristo” (Fil 1:9-10).

PARTE UNO

LLEGANDO AL CORAZÓN DE TU HIJO



EL ALTO LLAMADO DE LA MATERNIDAD



Si hoy me toca responder a otra pregunta insignificante, limpiar otra nariz mucosa o curar otro golpecito, voy a enloquecer... ¡y pobre del que esté cerca!

“¡Se acabó, niños! Voy a tomar un baño de burbujas, y no quiero que nadie me interrumpa. A menos que alguien se haya muerto o se esté muriendo, ¡que nadie toque mi puerta!”.

Mientras la tina se llenaba de burbujas con olor a vainilla, empecé a orar: “Dios, ¿se supone que sea así? ¿No tienes algo más importante para mí? ¿Algo que requiera más destreza que atar unos zapatos o preparar unos sándwiches?”.

Déjame ir un poco más atrás para contarte un poco de mí y de cómo llegué a este punto en mi vida. No siempre estuve viviendo al borde de la locura. Hace relativamente poco tenía mi vida bajo control. Manejaba un negocio exitoso y respetado, aconsejaba a otros respecto a sus habilidades organizacionales y tenía un auto bastante moderno donde NO cabía todo un equipo de fútbol. Veía programas de televisión que no eran protagonizados por vegetales ni por dinosaurios morados. Nunca tenía leche en la despensa, y nunca experimenté el pánico de tratar de recordar a quién llamaba mientras escuchaba

a alguien decir “¿hola?” del otro lado del teléfono. Ayer pedí algo por teléfono. Cuando la encargada de ventas me pidió mi dirección, tuve que dejarla esperando. No tenía la más mínima idea de dónde vivía. La recordé luego de unos segundos, mientras buscaba la guía telefónica.

¿Qué pasó? La prueba salió positiva. Cambié mi traje de ejecutiva por ropa ancha con elásticos. Dejé a un lado mi música cristiana favorita para cantar “Canciones tontas con Larry”. Tuve que despedirme de mis noticieros, pues ya había llegado Elmo.

A veces me da la impresión de que al final del día mis únicos logros son vestirme y sobrevivir. “¿No hay algo más que quieras de mí, Señor?”. Hasta que finalmente escuché Su voz en la quietud. Puede que no haya encontrado la cura para el cáncer ni eliminado el hambre en el mundo, pero mientras descansaba en mi tina, Dios me recordaba que sí había logrado algo ese día. Había tenido el privilegio de escuchar de las esperanzas y sueños de un jovencito que cree que soy la mejor mujer del mundo. Tiene poco menos de un metro y le encantan los Legos y la pizza, pero es gracioso, encantador y nunca es aburrido.

También pude ver la radiante y preciosa sonrisa de mi dulce hija de cinco años cuando invadí su casa de Barbie con extraterrestres verdes. Mientras ella chillaba de alegría, mi corazón se derretía.

Sí tuve unos pocos minutos de privacidad en el inodoro sin que me tocaran la puerta. De hecho, anoté ese milagro en mi diario. También he podido leer un par de grandes clásicos. En voz alta. Quién quiere leerse a Shakespeare cuando puede leerse las obras del Dr. Seuss. Pude limpiar, organizar, aconsejar y cocinar. Besé golpecitos y sequé lágrimas. Felicité, regañé, animé, abracé y puse a prueba mi paciencia, y todo eso antes del mediodía.

Sí, hoy mi mayor logro fue cumplir con aquello que Dios me encomendó: cuidar de mis dos amados hijos.

Ahora hablemos de lo más difícil del día de hoy... y de todos los días: instruir a estos hermosos niños en los caminos del Señor. Dios tiene un trabajo muy importante para mí, y requiere de mucha destreza. Es mi llamado, mi prioridad, mi lucha y mi meta. Voy a levantarme y aceptaré la tarea. Voy a amar, cuidar e instruir a mis hijos como Dios me ha ordenado hacerlo.

Madres, necesitamos recordar la asombrosa responsabilidad que Dios nos ha dado. Cuando respondemos al alto llamado de la maternidad con pasión, las recompensas son mucho mayores que cualquier otra cosa que pudiéramos ganar fuera de ese llamado. Los gozos de la maternidad son tesoros preciados y hermosos que podemos pasar por alto si no aprovechamos la oportunidad.

Ser mamá es más que ser cocinera, taxista, camarera, consejera, doctora, árbitro, jueza, etc. (por nombrar algunas cosas). Se trata de forjar caracteres, cultivar confianza, cuidar, instruir y guiar. No hay nada como la influencia de una madre sobre su hijo, y esto hace que nuestro potencial para moldearlos sea enorme —para bien o para mal.

Escucha lo que Thomas Edison dijo acerca de su madre: “Por mi madre soy lo que soy. Ella fue tan genuina y reconfortante; sentía que tenía a alguien por quien vivir, a alguien que no debía decepcionar”.¹

Abraham Lincoln describió a su madre como la persona a quien le debía todo lo que él era y que pudiera llegar a ser.²

George Washington dijo: “Mi madre fue la mujer más hermosa que jamás haya visto. Le debo todo lo que soy. Le atribuyo

todo mi éxito en la vida a la educación moral, intelectual y física que recibí de ella".³

¡Vaya! ¡Qué honor! Estos hijos ciertamente se levantan y las llaman bienaventuradas. ¿Cómo lo lograron estas mujeres? Una cosa es segura. Las madres de estos grandes hombres supieron cómo llegar a los corazones de sus hijos. Sabían lo importante que era aplicar la Palabra de Dios al instruir y cuidar a sus niños. Entendieron la disciplina bíblica e instruyeron fielmente a sus hijos en los caminos del Señor. ¡Y puedes estar segura de que nunca contaron hasta tres!

Probablemente compraste este libro porque tú también quieres instruir a tus hijos de acuerdo a la Palabra de Dios. Deseas ser la mejor madre que puedas ser. Deseas que tus hijos se levanten y te llamen bienaventurada. Buenas noticias, mamá: La Palabra de Dios está llena de instrucciones para ti. Vamos a explorar estas instrucciones juntas.

UNA ADVERTENCIA

Ahora que iniciamos este recorrido juntas, quiero hacerte una advertencia. La Palabra de Dios nunca regresa vacía. Eso significa que a medida que vayas aprendiendo y aplicando la Palabra de Dios a la instrucción de tus hijos, empezarás a ver fruto. Tendrás cada vez más logros en tu crianza. Tus hijos van a empezar a cambiar, y vas a disfrutar esos cambios. Aquí es donde viene la tentación. Ten cuidado de no enorgullecerte. El orgullo es tan malvado que está en la lista de cosas que Dios aborrece (Pro 8:13).

Recuerdo que a la edad de cinco años mis padres me regalaron un karaoke en Navidad. Me paraba delante del espejo por horas mirándome a mí misma cantar. Pensaba que era lo

máximo. Cuando cumplí seis, ya lograba reunir pequeños públicos en las reuniones familiares, en la escuela y donde sea que me quisieran escuchar. Creo que Dios sabía que mi habilidad de cantar bien me pondría en riesgo de ser una engreída. Así que hoy puedo decirte con plena certeza que no puedo cantar absolutamente nada. Bueno, la verdad es que sueno muy bien en la ducha, pero ¿quién no?

Proverbios 16:18 nos advierte: “Al orgullo le sigue la destrucción; a la altanería, el fracaso”. No aprendí mi lección de niña, pero Dios no se dio por vencido conmigo. Él continuó recordándome mi tendencia rebelde a ser orgullosa, y me humilla con frecuencia. Hay una lección en particular que recuerdo claramente a pesar de que han pasado ya tres años.

Normalmente hacía las compras en la mañana porque suele haber menos gente en el supermercado. Pero por alguna razón me encontraba haciendo fila para pagar a las seis de la tarde y con mis dos hijos. El lugar estaba repleto. Había cajeros en las diez cajas, y cada caja tenía seis o siete carritos. En la fila de al lado, la última fila, estaba una madre con sus dos niños pequeños. Tenían más o menos las mismas edades que los míos, tres y cinco.

Al final de cada mostrador habían unos pequeños refrigeradores. El de cinco años empezó a rogarle a su mamá que le comprara un refresco.

Mamá le dijo firmemente: “No”. El niño empezó a caminar hacia el refrigerador.

Mamá le dijo (con voz fuerte): “¡Que no se te ocurra abrir ese refrigerador!”. El niño abrió la puerta.

“¡No te atrevas a sacar una bebida de ahí!”. El niño sacó su refresco.

“¡Si abres ese refresco, te la verás conmigo!”. El niño quitó la tapa, la tiró al suelo y tomó un buen trago.

Mamá perdió los estribos y empezó a gritar. “¡Espera a que lleguemos a casa y tu papá se entere! ¡Ustedes nunca me escuchan! Me tienen hasta aquí, ¡los dos!”.

Nadie supo exactamente dónde quedaba “aquí”, pero seguimos escuchando. No es que estábamos de entrometidos. Pero no había más nada que hacer mientras esperábamos en la fila, así que todos los clientes estaban bien atentos. Pero para todos ver el desenlace de la escena, tenían que estar mirando más o menos donde estaba yo con mis hijos, quienes se estaban portando fenomenal ese día. Ahí llegó el orgullo. En vez de tener compasión de esta pobre mujer por las luchas que estaba teniendo con sus hijos, pensé con aire de superioridad: “Los míos no se comportan así”.

Y entonces pasó. Mi hija de tres años, Alex, estaba detrás de mí cuando de pronto dijo las palabras más horribles que pudieras imaginar. Fue como si hubiera cogido el micrófono del mostrador y gritado con todas sus fuerzas. Tapándose la cara con las manos, gritó: “¡Mamá! ¡Te hiciste caca!”. Quedé en shock. El tiempo se detuvo. Hasta este día, no sé qué fue peor: el hecho de que lo haya gritado o que todo el mundo se haya dado cuenta que era verdad.

Soy un testimonio vivo de Proverbios 11:2a: “Con el orgullo viene el oprobio”. Querida mamá, si el Señor te bendice con buenos frutos en tu crianza, por favor, no te llenes de orgullo. ¡Recuerda esa tarde en el supermercado!

DEFENDIENDO LA DISCIPLINA

Disciplina. La palabra misma suena dura. ¿Por qué? Tal vez porque la sociedad le ha dado una definición distorsionada, presentándola como un castigo que involucra ira, gritos y actos severos o hasta crueles.

Hoy en día muchos padres han comprado esta definición cultural de la disciplina. Como asocian la palabra a una forma negativa de instrucción, prefieren tolerar la conducta de sus hijos en vez de corregirla. Aquellos que sí tratan de disciplinar suelen establecer estándares que no lidian con el corazón de los hijos. Tratan de *controlar* a sus hijos, enfocándose solo en la conducta externa. Creen que si logran que sus hijos se comporten correctamente, entonces están criando correctamente.

Recientemente escuché a uno de los psicólogos más reconocidos en la actualidad presentar sus métodos de crianza. Un anuncio televisivo respaldaba sus ideas con un par de testimonios de padres que expresaban lo rápido que estos métodos habían cambiado la conducta de sus hijos. Queridos padres, no necesitamos métodos innovadores. Necesitamos los métodos de Dios. Aunque algunas ideas modernas suenan bien y puede que hasta produzcan ciertos resultados externos, nuestra meta

Esperamos que hayas disfrutado de
esta pequeña muestra del libro
No me hagas contar hasta tres.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2018 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!